

—Es desconsolador moral y materialmente. Esta semana empujado por una imperiosa necesidad de dinero, sé ha propuesto vender las fincas que pertenecen mancomunadamente á su madre, á su hermana y á el... Las observaciones del notario, los ruegos de la señora de Vignes, todo ha sido inútil. Quiere enajenarlas á cualquier precio, sin calcular las tristes consecuencias que ese acto ha de traer... ¡Está loco, loco y su locura es peligrosa!

—¿Y cual es la causa de todo esto?

—El amor. Una mujer es quien ha perdido á ese desgraciado, demasiado propenso ya á toda clase de debilidades...

—Pero ¿esa mujer es tan seductora que no puede él apartarse de ella, y tan fuerte, que no se logre arrancarle de su lado?

—¡Es la más fuerte, la más seductora, y la más peligrosa de todas las mujeres! Y si os dijera su nombre...

Al oír estas palabras, Pedro palideció, sus ojos se agrandaron, abrió la boca para preguntar, para pronunciar un nombre que adivinaba en la mirada de Davidoff; pero no tuvo tiempo de decirlo, pues el doctor, sonriendo amargamente y fijando en el jóven sus ojos que parecían querer leer hasta lo más profundo del corazón, prosiguió:

—¡Ah! ¡me ha comprendido usted! Sí, Santiago

ha caído en poder de Clemencia. Se ha visto ardientemente querido por ella y él la ha amado con frenesí. Al cabo de tres meses esa mujer se ha cansado y se ha vuelto tan fría como el mármol; pero él, por el contrario, está más apasionado que nunca y excuso pintar el estado de su espíritu; pues para conocerlo no hay más que recordar.

Como Laurier se quedara inmóvil y mudo, con la frente inclinada, el médico repuso con animación:

—¡La adora! ¿Comprende usted? Pedro; ¡la ha adorado hallándose aún impregnada de vuestras caricias... y no vive más que para ella...

El pintor levantó la cabeza, y con triste acento y con profunda compasión, exclamó:

—¡Infeliz! ¡Por semejante criatura lo ha olvidado y comprometido todo!... Pero en vez de acusarle, es preciso tenerle lástima... ¡Es tan temible esa mujer!...

El semblante de Davidoff se iluminó al oír las palabras del pintor, sus ojos brillaron de alegría y se acercó a su amigo diciéndole con ironía afectada:

—¿De modo que no halla usted en su pecho sino compasión para Santiago?

—¿Qué otro sentimiento quiere usted que experimente? ¿Debo acaso vituperarle, después de haber sido yo más débil y más culpable que él?... ¡No, no puedo sino compadecerle!

Davidoff cogió la mano de Pedro, y estrechándola con fuerza:

—¿Y no se estremece usted siquiera —dijo recordando su antiguo amor?... ¿No se conmueve todo su ser? ¿No está irritado contra el amigo?

—¡Ah! Ya veo lo que usted temía —exclamó Laurier, cuya pálida cara se coloreó de repente.—Se preguntaba usted si estaba yo definitivamente curado de una insensata pasión, y me ha tendido una celada... Mas no desconfíe y hable, con claridad... ¿Ha sospechado V. de mi?

—Sí—dijo con firmeza el ruso.—He querido saber si aún sin darse cuenta de ello...

—Pues bien, busque, escudriñe, interrogue usted mi pensamiento—exclamó Pedro.—No encontrará en él más que el amargo pesar ocasionado por las faltas cometidas y el ardiente deseo de repararlas. Sí no me hubiera sentido digno de una afección pura, capaz de corresponder á ella con inalterable cariño, nunca me hubiera usted vuelto á ver. No tema, pues, nada de mí, Davidoff. ¡El Pedro Laurier que ha conocido antes ha muerto en una noche tempestuosa. y el hombre que se halla en su presencia, si bien tiene las mismas facciones, no posee felizmente el mismo corazón!

—¡Sea enhorabuena!—exclamó con alegría

el doctor.—¡Ah! Se me ha quitado un peso enorme que me agobiaba, porque si no hubiera podido contar enteramente con V. no sé cómo habría salido airoso de la obra que he emprendido... Va á ser necesario que arrostre usted la vista de Clemencia...

—Si es absolutamente necesario, me resolveré á hacerlo; pero me costará mucho...

—¡No lo dudo! Sin embargo, no tanto como antes—replicó el doctor sonriendo.—Es preciso que arranquemos á Santiago de sus garras, y nada menos que la intervención de usted se necesitará con tal objeto... Más dejemos este asunto para después y hablemos ahora de la señorita de Vignes...

El semblante de Pedro se iluminó. En aquel momento trajeron la comida; ambos amigos se sentaron á la mesa y hablaron durante una hora con el corazón en la mano. Pedro estuvo contando su vida en Torrevecchia y el doctor le explicó todo lo que había pasado durante su ausencia. Adquirieron de este modo la certidumbre, Davidoff de que Laurier estaba, según lo había afirmado, completamente libre de su peligrosa pasión; y Pedro de que el doctor, al llamarle con la urgencia que lo hizo, había obrado con tanto acierto como cordura. Á las nueve salieron dirigiéndose hacia la casa de la señora de Vignes, y en el trayecto, bajo

la influencia de una hermosa noche de verano, el joven artista sentía que se le llenaba el corazón de esperanza y el alma de alegría, hasta el punto de que alzando la vista al cielo, se arrepintió de haber dudado tan locamente de su felicidad.

La señora de Vignes, advertida hacía cuatro días por Davidoff de cuanto estaba ocurriendo, entreveía que el porvenir antes tan sombrío, se iluminaba con una débil claridad. La certeza de que Pedro no había muerto, y la seguridad con que el doctor afirmaba que el pintor sentía profundo amor por Julieta y que no podía amar más que á ella, eran cosas que contribuyeron á aliviar algún tanto la pena de la pobre madre. No obstante la desgracia que la anonadaba temiéndolo todo de su hijo, la posibilidad que veía de devolver la calma y la salud á Julieta, la hacía sentir dulce satisfacción. ¿Qué eran los disgustos pecuniarios comparados con la inquietud que le ocasionaba el abatimiento cada día mayor de su hija? Davidoff había sido considerado por aquella angustiada señora como un salvador que, graduando cuerdamente sus confianzas, sembró en el pensamiento de la joven un granito de esperanza que hubo de germinar en él como en tierra fecunda. Poco á poco aquella semilla que había ido echando

raíces, adquirió fuerzas, y ahora la flor no esperaba otra cosa que un rayo de sol para presentarse con toda su fragancia y lozanía. Desde el principio de la semana, sin pruebas, sin motivo, como no fuera el de su ardiente deseo de que se realizara el milagro, Julieta creía firmemente que Pedro vivía.

Los «se dice» de Davidoff, habían sido acogidos con avidez por aquel tierno corazón de niña. ¿No era dable que Pedro, salvado en efecto por unos marineros, hubiese sido encontrado por esos viajeros que declaraban haberle visto? ¿No era posible que, avergonzado por el proyecto de suicidio que anunciaba sin ejecutarlo, se hubiera ocultado dejando correr la creencia de que había perecido? ¿Qué motivo le impulsaba para participar á la familia de Vignes que vivía. Todo esto era admisible y la joven tenía tanta necesidad de creerlo, que hubiese aceptado como verdaderas, historias mucho más fantásticas.

El doctor, prosiguiendo cuotidianamente su curación moral, daba cuenta á Julieta de los descubrimientos que le proporcionaba el informe que aparentaba hacer, y existía cada día también al despertar de aquella alma adormecida y helada. Julieta esperaba, pero esperaba con miedo y se detenía a veces en la pendiente á que la arrastraba su imaginación.

¡Si después de este feliz período tuviera que caer nuevamente en el desconsuelo! ¡Si todo lo que decían no fuese verdad! Si Pedro no hubiera sobrevivido!

Una agitación terrible se apoderaba de ella; le parecía imposible que la muerte hubiese arrebatado instataneamente á un jóven tan lleno de vida y tan robusto. Recordaba, sin embargo, lo que dijo su hermano en Bealieu: «No se ha encontrado su cuerpo...» Esto hacía surgir la duda; mas esta duda no produjo en ella una esperanza; pero ahora, después de lo dicho por el médico ¿no era fácil admitir que si la mar no le había echado á la playa, era porque había escapado á la furia de las olas y que por consiguiente existía? Tan arraigada estaba esta creencia en el pensamiento de Julieta, que para arrancarla de su cerebro se hubieran necesitado grandes evidencias.

Aquella misma mañana Davidoff se atrevió á decirle:

—Anoche he visto personas que se han encontrado en Italia con nuestro amigo y que han hablado con él. Puede ser que uno de de estos días llegue á París.

La jóven no contestó, sino que miró al doctor con singular fijeza, diciéndole al cabo de un instante:

—¿Por qué no me lo dice usted todo?... ¿Le asusta mi alegría?... Hace mal en creerlo así. Estoy cierta ya de que vive, pues la noche pasada le he visto en sueño. Se hallaba en una iglesia; una pobre iglesia de pueblo y trabajaba en un cuadro religioso... Su semblante estaba triste... muy triste, y en algunos momentos gruesas lágrimas caían de sus ojos... Yo, que tuve la convicción de que pensaba en mí, quise gritarle: Pedro, bastante he sufrido y mucho tiempo has permanecido alejado; vuelve, te estamos esperando y seremos muy felices al verte... Pero una especie de niebla se interpuso entre nosotros; no le distinguía ya más que como una vaga silueta y oía perfectamente el ruido de las olas, como quando en Bealieu la mar algo picada pegaba contra los arrecifes de la bahía... Luego aquella bruma se disipó como un velo que se arranca, y le volví a ver. Venía hacia mí con la cara sonriente, hizo un gesto con la mano como para decirme: ten paciencia, allá voy... y me he despertado angustiada y quebrantaba el alma... Más tengo confianza... Está cerca de nosotros... Tal vez se encuentre ya en París...

Davidoff, admirado, preguntó entonces á la jóven:

—¿Podría usted describirme la iglesia de que habla?

—Sí— respondió la señorita de Vignes.—Se halla situada en la plaza de un pueblo. El portal es de piedra encarnada y tiene un sobradillo de tejas... El interior se ve blanqueado con cal y es muy pobre... Hay en ella algunos bancos de madera, un púlpito sin ningún adorno y un altar de gran sencillez...

—¿Y el cuadro en que estaba trabajando Pedro, la recuerda?

—Sí, había en él un sepulcro abierto... y el que dentro vacío, se levantaba vivo... He considerado esto como un feliz presagio...

El doctor movió la cabeza sobrecogido por aquella extraña revelación. Era evidentemente él, quien por su propio pensamiento, había dado a conocer á la señorita de Vignes la iglesia de Torrevecchia y la Resurrección... Pero ¿y el ruido de las olas que hirió el oído de la jóven á la misma hora en que Pedro navegaba?... ¿Cómo explicarlo?

El ruso permaneció silencioso, y por más que hizo Julieta, no dió nuevos detalles, si bien su actitud, sus palabras y su fisonomía anunciaban próximos acontecimientos.

Davidoff dejó a la jóven en un estado de agitación que le parecía favorable y se marchó. Por la noche, á eso de las nueve, el doc-

tor llegaba á la puerta de la casa habitada por la señora de Vignes; iba acompañandole el jóven tan ardientemente querido como deseado, y su corazón latió con violencia. Apretó con fuerza el brazo de su amigo, y señalando la última ventana del entresuelo:

—Quédese usted aquí—dijo— con la vista fija en aquel balcón. Cuando vea que me asomo, suba; pero cuidado con hacerlo antes... Voy á preparar la recepción... Estoy más turbado de lo que parece...

Y penetró en la casa; dejando solo al pintor en la acera.

Laurier se sintió sobrecogido por una emoción igual á la que le acometió en el promontorio de Torrevecchia, enfrente del mar, después de recibir la carta de Davidoff, cuando se preguntó si era digno del amor de Julieta. Una especie de religioso enternecimiento se apoderó de él, mientras esperaba el instante de presentarse delante de la jóven. Estaba recogido y grave, efecto de pensar que cumplía un deber de reparación. No tenía impaciencia alguna, sino la inquietud de un convertido que va á abjurar sus errores, obtener el perdón y vivir en paz con la conciencia. Y permanecía apoyado en la pared, con la mirada fija en la ventana. Nada se movía. Inmensa calma experimentaba el jóven en su espíritu. Un sen-

timiento único subsistía en el corazón de Pedro: su cariño por Julieta. Recordó el amor puro é ingenuo de la niña. se dió cuenta de los pesares que por él había sufrido y sólo en medio de la noche, juró hacérselos olvidar.

En aquel momento la ventana se iluminó vagamente, y asomándose á ella el doctor, hizo con la mano una señal á su amigo. Laurier echó á correr y subió la escalera con el corazón palpitante. La puerta estaba abierta; atravesó la antesala. entró en el salon, y de pié delante de la chimenea, al lado de su madre, divisó á Julieta. Se detuvo inmóvil, temblándole las piernas y con la mirada vacilante.

La jóven le pareció más alta, tal vez porque estaba más delgada y más pálida que antes. Sus blancas manos se destacaban sobre lo negro de su vestido, y sus ojos, rodeados por un oscuro circulo, aparecían luminosos y dulces. Sonreía mirando á Pedro, y Pedro se extasiaba mirándola a ella. Julieta encontraba más hermoso que nunca al pintor, con su cara tostada por el sol, y la barba que había dejado crecer. Divisaba en su frente las huellas del pesar, y eso le hacía sentir una secreta alegría, revancha de sus propios dolores. De repente su sonrisa se trocó en lágrimas, llevándose bruscamente el pañuelo á los ojos, se dejó caer, sollozando, en una butaca.

Pedro no pudo reprimir un grito y venciendo al fin su inmovilidad, se abalanzó hacia Julieta, se arrodilló á sus pies rogándola y suplicándola que le perdonase. La señora de Vignes, presa de la mayor inquietud, se acercó á su hija; pero Davidoff la tranquilizó con una mirada y entonces la madre y el médico, al ver que ambos jóvenes habían olvidado todo que no era sus propios recuerdos y sus esperanzas, los dejaron en libertad para que saboreasen la dulzura de su primera entrevista.

Cuando volvieron, encontraron á Pedro y á la joven sentados al lado el uno del otro y con las manos asidas. Julieta era la que hablaba, contando su pena y su desesperación. Sonreía ahora recordando su sufrimiento y Laurier lloraba á su vez.

—Amigos míos—dijo Davidoff,— hemos cumplido los compromisos que habíamos adquirido con ustedes y yá son felices. Está muy bien; pero es preciso no abusar ni aún de las mejores cosas. La señorita de Vignes no se halla todavía bastante fuerte para que no me sea permitido *dosificar* su goce. Ha durado bastante la primera sesión. Además, tiempo tendrán de verse.

Entonces Julieta, con muchos mimos, procuró obtener de su madre el cuarto de hora de favor y la señora de Vignes no se sintió

con valor para entristecer con una negativa aquella linda cara que por primera vez, después de muchos meses, se presentaba radiante de satisfacción. Comprendía que el triunfo de la juventud sobre la muerte que la arrastraba ya estaba asegurado, y la pena que la iba destruyendo, la amargura que abrigaba contra Laurier, involuntario causante de todo el mal non resistía á la metamorfosis que su presencia había operado en Julieta.

Se quedaron, pues, los cuatro, olvidando que el tiempo pasaba y escuchando el relato de la vida que Pedro había llevado en la aldea de Córcega. Julieta se encariñó con Agostino, con Marieta, con la madre y hasta con el buen párroco. Se renovó la promesa de ir á verlos, que el pintor hizo á sus amigos de Torrevecchia y las doce daban en el reloj cuando se separaron.

—No nos verá usted mañana—dijo Davidoff sonriendo á su enferma.

Y como se entristeciera de repente:

—Querida niña—añadió con dulzura—es preciso no ser egoísta. Tenemos que hacer otra cura más grave y más difícil que la suya. Partiremos por la mañana para ir á ver á su hermano en Trouville.

En un instante la avidez de la jóven por gozar de su dicha, desapareció, observando que la invadía nuevamente el sentimiento de la

dolorosa situación en que su madre y ella estaban colocadas y recuperó al mismo tiempo toda la firmeza de su voluntad. Estrechó la mano que Davidoff le presentó y dirigiéndose á Pedro dijo:

—¡Tiene razón: partan ustedes ambos y ojalá logren hacer por mi hermano, lo que por mí han hecho! Mi agradecimiento no podrá ser mayor si salen airosos de su empresa; pero les aseguro, que me creeré más feliz.

Entonces tomando la mano de su amado, le llevó á su madre; la señora de Vignes abrió sus brazos al hijo pródigo y al recibir aquel abrazo, Pedro se sintió completamente perdonado.

## VII.

Aquel día se dió un gran almuerzo en casa de Clemencia. Como empezaba la semana en que debían inaugurarse las carreras de caballos, muchos parisienses habían llegado la víspera, y vistos el Casino por la hermosa cómica y por Santiago, recibieron de éstos invitación para ir á almorzar. Los recién llegados constituían la flor y nata del mundo alegre: elegantes y divertidos ellos, no podía negarse que ellas eran mujeres notables en-